

Aventuras

El enigma de la ciudad perdida del Paso del Lámar



Sobre una superficie de unas 40 hectáreas, los incas construyeron el tambo más extenso de la actual provincia de San Juan, conocido con el topónimo de "Paso del Lámar". En la fotografía se aprecian los conjuntos arquitectónicos mejor conservados y, arriba, el río Bermejo.

Por Antonio Beorchia Nigris

Conforme nos lo había prometido, ahí estaba nuestro anfitrión esperándonos junto a la ruta 40, jinete sobre un cuatriciclo 4x4 adquirido para sus esforzados trabajos arqueológicos en zonas medanosas. Era el reencuentro con el doctor Roberto Bárcena (1).

¿Durante cuánto tiempo acariciamos nosotros la idea de visitar la famosa "Ciudad Perdida" de Paso del Lámar? ¿Durante años! Y de no ser por la baquía y el exceso de disponibilidad de Bárcena, tampoco a fines del mes de agosto último hubiésemos conseguido llegar allá.

Bárcena es uno de los pocos arqueólogos argentinos especializados en temas incaicos. En su materia es un incansable investigador, un sabio, de una sabiduría adquirida con inenarrables fatigas sobre el terreno mismo. Perseverante. Cautó.

La travesía hasta "El Quemado"

Ya el sol estaba en el cenit, de manera que el tiempo apremiaba para alcanzar las ruinas de Paso del Lámar. Por la misma razón partimos de inmediato, siguiendo una gualosa huella que se interna rumbo al Este a la altura del kilómetro 401 de la ruta 40, entre malos montes y los innumerables tonos de los algarrobos que hasta hace un siglo poblaban esa travesía.

Una legua más adelante dimos con el puesto de "El Quemado", donde vive una única familia kilómetros alrededor. Hasta hace un siglo sin embargo, en las inmediaciones de la unión del río Bermejo con el río Guandacol existía una aldea, un cementerio, acequias, chacras... Pero ya en 1915 sólo quedaban tres familias estables. "Solo tres familias quedaron en las inmediaciones, dedicadas a cuidar mermados rebaños de cabras y a recoger algarrobos que venden como forraje para las escasas tropas que aciertan a pasar por allí". Es cuanto escribió el doctor Salvador Debenedetti (2). Nótese la frase "...a recoger algarrobos que venden como forraje". Significa que los algarrobos eran aún abundantes en esa época. Ahora mismo hay un obrador en Valle

La huella de los incas

Los avances de prospección y relevamiento sistemático efectuados durante los últimos siete años por el arqueólogo doctor Roberto Bárcena en la zona de Paso del Lámar (departamento de Jáchal), abren una insospechada posibilidad de influencia del extenso tambo incaico allí existente sobre el valle del río Bermejo y posiblemente sobre la zona del actual Valle Fértil. En demérito del arraigado concepto de un imperio inca circunscrito a los altiplanos andinos, existiría por tanto en San Juan la prueba de su expansión marginal por tierras bajas.

Fértil donde desde hace años se fabrica carbón, desertificando así aún más nuestros ya mermados recursos forestales. Esto dicho al pasar.

Alrededor de "El Quemado" el panorama es triste. Las casas del puesto se observan sin embargo notablemente bien construidas, al estilo de todas nuestras casas de campo. Se ven corrales con cabras gordas, un pozo-balde profundo 22 metros que facilita el agua necesaria para la familia y para el ganado doméstico y, algo apartado, como avergonzándose de sí mismo, queda aún intacto el "Gran Malvado", esto es el mismo horno carbonero que durante décadas transformó en carbón los algarrobos más lozanos.

En "El Quemado" vive un criollo llamado Juan Castro con su mujer Damiana Olivares y una moza veinteañera llamada Nancy, madre ésta de una bonita niña de tal vez dos años de edad. En el mismo puesto nos entregaron tres chivitos gordos ya faenados, que el doctor Bárcena había encargado con tiempo en previsión de nuestra llegada.

Por los ríos Guandacol y Bermejo

Pocas cuadras más adelante del puesto, caímos al cajón seco del río Guandacol, enmarcado a esa altura por barrancas gredosas altas varios metros, cuyo lecho blando y parejo, cubierto a tramos por delicadas alfombras vegetales, invitaba a largar los "fierros" en rauda carrera. Por suerte el ingeniero Volpini -es decir nuestro gran César Volpini- no se dejó tentar por el aspecto inofensivo del valle, en cuyos fangales disimulados bajo inocentes alfombras verdes, nos habíamos hundido hasta los ejes sin remedio.

El día de fines de agosto era primaveral, fresco, sin una brisa. En el cielo intensamente azul vagaban como suspendidas de la nada leves nubes de buen tiempo. La humedad de las fuertes lluvias caídas los días anteriores, impedía ahora que los vehículos levantaran las consabidas polvaredas. Avanzar sobre ese suelo blando, sin un guijarro visible cuadras alrededor, entre arcillosas barrancas color ocre, resultaba muy gratificante desde el punto de

Lo conocido hasta 2005

Los antecedentes conocidos sobre el tambo "Paso del Lámar" no son muchos. Lo apartado de la zona, la escasez de agua potable y de pasturas para los caballos, han sido desde hace un siglo los factores determinantes para mantener ese sitio casi desconocido a los arqueólogos.

Ya me referí a la presencia en el lugar del doctor Debenedetti hace 90 años atrás. "Inconvenientes insalvables y entre éstos, de modo especial, la imposibilidad de encontrar agua para nuestra tropa de mulas, nos obligaron a reanudar nuestra marcha después de una estadía de tres días en Paso del Lámar", acotó lacónicamente ese investigador en su informe.

En mayo de 1962 el conocido arqueólogo doctor Juan Schobinger -acompañado por el profesor Pablo Sacchero

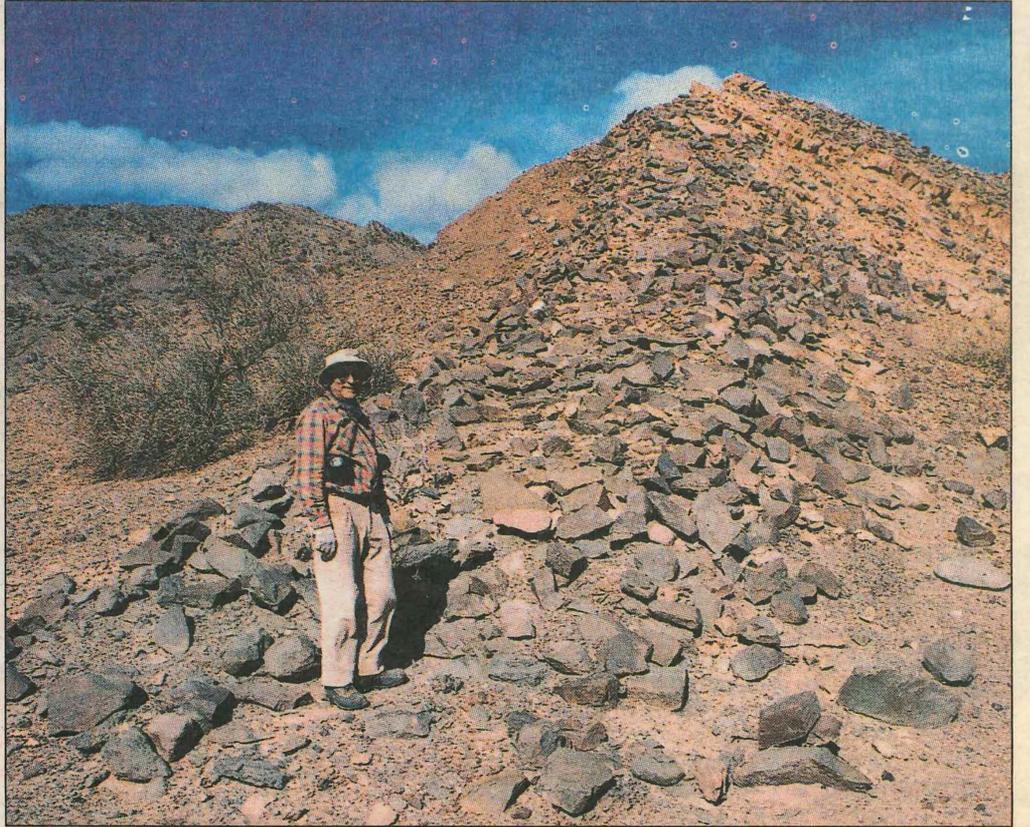
y el autodidacta jachallero don Isidoro Luján- visitó el mismo tambo incaico que luego describió brevemente en un aporte al 35° Congreso Internacional de Americanistas, publicado en México en 1964. "El poblado -escribe Schobinger- se halla formado por habitaciones de pirca rectangulares, aisladas o formando grupos adosados, situados entre un borde montañoso y el río Bermejo, hoy día seco en buena parte del año. También hay sitios mayores interpretables como corrales. Se acompaña de un reducto o pucará, y de petroglifos en las cercanías. Una escalinata formada por bloques de piedra, hoy muy deteriorada, llevaba a la cumbre de un cerrito de 30 metros de altura (¿templete?)" (5).

A su tiempo, tanto Debenedetti como Schobinger no

contaron con los medios económicos ni con el tiempo necesario para desarrollar un proyecto a largo plazo referente a Paso del Lámar. Quien lo está conduciendo a buen puerto es Roberto Bárcena gracias al Programa de Arqueología y Etnohistoria Incaica del Centro Oeste Argentino, que engloba las provincias de La Rioja, San Juan y Mendoza con un plan de trabajos iniciado en el año 1998, consistente en dos o más campañas anuales llevadas a cabo sobre el terreno. En la actualidad Bárcena extiende sus investigaciones hacia Las Juntas del Guandacol con el río Bermejo, y desde allí continuará con nuevas tareas de prospección hacia el sur de Las Juntas, para demostrar la posible influencia del tambo incaico sobre las etnias locales.



Guadales, pantanos y el fondo blando del río Bermejo dificultan el avance de cualquier vehículo por la zona. En la imagen, el doctor Roberto Bárcena acaba de empantanarse con su cuatriciclo.



Hasta la cúspide de este cerrito se accedía mediante una escalinata de piedras, hoy muy deteriorada.

vista estético. Por último, tal vez un kilómetro antes de llegar a la unión del río Guandacol con el Bermejo (sitio conocido con el familiar topónimo de "Las Juntas"), topamos con unos bañados, producto del reflujo de las aguas del mismo Bermejo.

Esquivando con alguna suerte el suelo fofo (Bárcena paraba en esos sitios para indicarnos la ruta correcta a seguir), remontamos a continuación el ancho valle del Bermejo una distancia poco mayor de una legua, mientras Bárcena encaraba con su cuatriciclo los vados donde en apariencia la corriente no era más profunda que un palmo. A pesar de todas las precauciones, nuestro guía quedó empantanado en dos oportunidades, evitándonos así un mal trago, ya que no era lo mismo sacar a tierra firme y a fuerza de brazos un cuatriciclo relativamente liviano, que hacerlo con un vehículo de dos y media toneladas de peso. Así pues, más divertidos que molestos por esos contratiempos, paramos al fin a pocas cuadras de la famosa "Ciudad Perdida" -como no hace muchos años bautizara DIARIO DE CUYO a ese sitio arqueológico- es decir casi junto a las ruinas incaicas del tambo "Paso del Lámar".

El tambo y sus secretos

Antes de referirme a ese notable sitio, haré una breve digresión. El lámar es un árbol achaparrado muy espinoso, todavía visible sobre las márgenes del río Jáchal a partir de los 2.000 metros de altura (aguas arriba de la localidad del Chinguillo), y al igual que su pariente el algarrobo, produce vainas comestibles para el ganado pero no aptas para el uso humano a causa de su sabor áspero y astringente. El doctor Roberto Kiesling clasifica a esta planta con el nombre científico de *Prosopis flexuosa*, ubicándola en los departamentos Iglesia y Ullum. Hasta hace más de un siglo había lamarales también junto al río Bermejo, donde en la actualidad sólo crecen jarillas y retamos. "Al abrigo de una doble cadena de bajas montañas de areniscas rojas se encuentra un conjunto de edificios desmoronados contruidos de pircas y que las gentes de las inmediaciones conoce bajo el nombre de Tamberías del Paso del Lámar. El origen del nombre se debe, según testimonios de los

ya muy escasos habitantes que quedan en la comarca, a la existencia en tiempos pasados de tupidos lamarales hoy totalmente desaparecidos".

Es cuanto escribió el doctor Debenedetti hace 90 años. De mi cosecha haré una aclaración suplementaria: Paso del Lámar no es, como yo mismo creí, un abra o portezuelo entre dos valles. Es una angostura natural por donde escurre el río Bermejo, ubicada aguas arriba del tambo incaico y que de él toma el nombre.

Las ruinas de la tambería incaica están diseminadas sobre una superficie de unas 40 hectáreas, según se aprecia en el plano recientemente publicado por Bárcena (3). Según el mismo autor la superficie cubierta o cercada rondaba los 12.000 metros cuadrados y en ella pudieron acampar algunos centenares de personas. Comparado con los restantes tambos diseminados a lo largo de casi toda la provincia de San Juan, el de Paso del Lámar es sin duda el más extenso.

Sus construcciones son todas de pirca, o sea contruidas con paredes de gruesas piedras sin desbastar, o apenas retocadas. Los muros en su momento no debieron superar el metro de altura.

Bárcena asevera que este tambo nunca fue concluido, lo cual me hace suponer que o se emprendió su construcción sobre el final del imperio inca, es decir hacia el año 1530, o fue abandonado por razones político-militares ante la posible resistencia armada de las etnias locales, o quizá por un posible escaso interés estratégico de esa comarca a los ojos del imperio.

"De cualquier modo -escribe Bárcena- la instalación inka de Paso del Lámar presenta una planificación y envergadura indicativas de un centro complejo, en formación dado el carácter inconcluso de una parte de sus construcciones, donde el establecimiento de base -un característico tambo por encima del río Bermejo- está dominado a su vez por un cerro bajo con escalinata de acceso a su cima, que registra pircas, coronado el conjunto por una elevación que culmina en terraza y presenta arquitectura compleja a relevar, relacionada con un gran espacio circunscrito por muros bajos. A su vez todo el conjunto está dominado por un cerro alto con sus accesos posibles limitados por los muros y pircas de los faldeos,

hasta alcanzar los que rematan la cúspide. La función de estos muros es claramente defensiva y está reforzada por otra serie de ellos que circunscriben cerros y terrazas próximos al ya mencionado y a sectores de faldeos y a fondos de quebrada con construcciones, sitios éstos (ubicados) hacia el área extremo sur del establecimiento" (4).

Dicho con otras palabras: a este tambo lo domina una loma o cerrillo al que se accedía mediante una escalinata de piedras - hoy derruida- cuya plataforma cumbreira, también desmoronada, permitía una vista panorámica sobre todo el tambo y también hacia los lejanos nevados de Famatina. Debió cumplir funciones ceremoniales y/o de atalaya. A su vez este cerrillo tiene a sus espaldas un cerro más alto, bastante escabroso, sobre cuyas laderas y espacio cumbreiro aparecen muros defensivos. Dos modestos depósitos de piedras arrojadas para honda, aún visibles, certifican la finalidad defensiva de ese sitio.

Este pukará o fortaleza indígena es de menor envergadura que los pukará del noroeste argentino, pero es el único conocido en San Juan. Lo cual evidencia una estrategia defensiva que al parecer era en cambio innecesaria a lo largo del conocido camino troncal que los incas hicieron construir en nuestra actual provincia.

Los pukará estaban pensados para los métodos defensivos de la época, cuando los armamentos utilizados eran arcos y flechas, lanzas, macanas, porras, hachas, hondas, sogas, paveses y rodela. Por la misma razón tales obras defensivas a nuestros ojos pueden parecer hoy obsoletas o por lo menos insuficientes.

Los diferentes conjuntos arquitectónicos - dispersos como ya dije sobre una superficie de unas 40 hectáreas- son pircas habitacionales adosadas las unas a las otras, conforme al sistema edilicio de todos los tambos incaicos. Se observan además dos "plazas" ubicadas a diferentes niveles, con una construcción entre ambas llamada "kallanka", y una alineación de gruesos cantos rodados señalando la presencia de un camino que provenía desde la actual provincia de La Rioja. Este camino presenta un rumbo general norte-sur y es todavía visible por un tramo de tal vez un kilómetro.

Durante las tareas de prospección del doc-

tor Bárcena y su equipo de colaboradores, apareció cerámica inca-local como también del tipo Angualasto y Sanagasta, junto a algún material y herramientas líticas.

Oí además noticias de un instrumento musical confeccionado en cerámica que habría encontrado allí no hace mucho un particular.

Cuando realizamos nuestro viaje el 24 y 25 de agosto último, el campamento de los arqueólogos estaba ubicado entre los bajos médanos que cubren varios sectores del valle.

Según aclararon nuestros anfitriones, su tarea por entonces consistía en prospectar toda esa área hasta Las Juntas y, a futuro, continuar con la prospección del valle del Bermejo abajo. El equipo estaba compuesto por cuatro investigadores y dos estudiantes adelantados. A estas amables personas las conocimos recién al anochecer, después de haber visitado el tambo incaico.

La invitación de compartir con ellos los tres cabritos a la parrilla la aceptamos con tal entusiasmo, que en breve dimos buena cuenta de todo lo masticable y buena parte de lo bebible. Luego los visitantes nos tumbamos sobre la arena, de cara al cielo.

Y hay que ver lo bien que se duerme así... Como quien dice roncando a pata tendida ocho horas de un solo tirón.

1. J. Roberto Bárcena: Director del INCIHUSA-CONICET, Jefe de la Unidad de Antropología, Investigador Principal del CONICET, Profesor titular efectivo de la cátedra de Arqueología Prehistórica de la UNC.

2. Salvador Debenedetti: INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS EN LOS VALLES PRE-ANDINOS DE LA PROVINCIA DE SAN JUAN - Univ. de Buenos Aires, tomo XXXII, año 1917, pag. 182.

3. J. Roberto Bárcena: "Avances 2002/2003 sobre el conocimiento arqueológico y etnohistórico de la dominación inka en el centro oeste argentino, extremo austral oriental del Tawantinsuyu" - XAMA, publicación de la Unidad de Antropología, Mendoza 2002/2005, pp. 119-149. Contribución documentada con 19 fotografías y 8 croquis.

4. J. Roberto Bárcena: obra citada, pag. 142.
5. Juan Schobinger: "Investigaciones Arqueológicas en la Provincia de San Juan" - 35° Congreso Internacional de Americanistas (México 1962), tomo I, pp. 615-619 - México